

LA TERTULIA.

DIARIO PROGRESISTA DEMOCRATICO DE LA MAÑANA.

AÑO II.

Sábado 27 de Julio de 1872.

NÚM. 215.

LA TERTULIA.

MADRID 27 DE JULIO DE 1872.

LA ABOLICION DE LAS QUINTAS.

Entre todos los gritos de reforma lanzados por la revolución de Septiembre, ninguno tan importante como el relativo a la supresión de la odiosa y desigualmente repartida contribución de sangre. La campaña de Cuba, las repetidas insurrecciones de que ha sido teatro España, la guerra encendida en el centro de Europa, los sucesos de Filipinas, y más que todo las alternativas de la política peninsular, que han alejado del poder a los legítimos representantes del partido político verdaderamente revolucionario, han servido de motivo para que hasta ahora los clamores de la opinión pública respecto a las quintas hayan sido desoídos. Pero hoy, ya dominada la rebelión cubana, vencidos los carlistas, y convencidos de las ventajas de consolidar tranquilamente la libertad los republicanos, pacificada la Europa, disipados los temores de nuevos disturbios en las provincias españolas de la Occidente, y sólidamente establecido su gobierno, que responde a todas las aspiraciones de la nación española, la abolición de las quintas es un hecho tan próximo a realizarse, que el proyecto de ley aboliendo la injusta contribución de sangre será uno de los primeros que se someterán a las futuras Cortes.

De esperar es que en ellas, que deben ser como libremente elegidas, la verdadera representación del espíritu revolucionario nacional, los generosos propósitos del Gabinete Ruiz Zorrilla, y los bien combinados proyectos del general Córdova, reciban la misma unánime aprobación que seguramente no dejará de prestarle el país desde que conozca su existencia. Esos propósitos y esos proyectos, traducidos en leyes y convertidos en hechos, están llamados a coronar, más que otro alguno, la obra gloriosa que el partido radical se ha propuesto al subir al poder. Mucha será la gloria de este partido cuando haya restablecido el crédito, restaurado la administración, salvado la Hacienda, consolidado las instituciones, arraigado la libertad, vigorizado las leyes de las Constituyentes, regularizado los gastos y asentado en todas partes la moralidad; pero entre todas estas glorias, será siempre uno de sus más gloriosos timbres la abolición de las quintas.

De hoy más, si las Cortes, según nos parece indudable, aprueben las medidas que a sus deliberaciones han de someterse por el Gobierno radical, las madres no verán llegar, con el corazón lleno de amargura y lágrimas, la hora en que sus hijos alcancen la edad viril, y las familias desprovistas de fortuna no sufrarán esclava y únicamente la carga de que sus hijos acendan a la defensa de la patria y de los intereses sociales. Los padres a quienes sus hijos van a servir de apoyo, no los verán en adelante arrancados de sus brazos en el momento de empezar a recoger el fruto de los años y desvelos pasados para convertirlos en ciudadanos útiles.

En adelante dejarán de ser defraudadas las justas esperanzas que se fundan en la juventud, tráfase de la que se dedica a los estudios o de la que, con el sudor de su frente, fertiliza los campos o anima los talleres, y sobre todo, cesará la desigualdad, y el hombre paciente no gozará en la cuestión de cumplir los preceptos constitucionales ningún privilegio que le diferencie del artesano o del labrador. Cesarán las quintas, y con ellas la redención, la sustitución y todas las mil maneras con que, en materia tan vital, lograba el favorecido de la fortuna eludir la carga que pesaba solamente sobre las clases desvalidas.

Ahora no se trata de una simple promesa, de esas de que los partidos políticos suelen ser tan prodigios en la desgracia y tan avaros en el poder: se trata de un plan maduradamente estudiado, y cuyo cumplimiento ofrece al país un Gobierno que está funcionando, y que tiene la firme resolución de cumplir sus promesas, si a su buena voluntad no se oponen obstáculos que en realidad no son de temer.

La abolición de las quintas se verificará con audiencia de las Cortes y de la Corona, y quedará para siempre establecida en España, si el país sabe concederse a sí propio lo que ansía. Fácil es calcular cuanta es nuestra satisfacción al poner en conocimiento de nuestros conciudadanos tan fausta nueva, y cuanto el placer con que veremos al gran partido a que pertenecemos acudir tan solícito a cumplir el programa de la libertad e inscribir entre sus glorias la de haber enjugado los raudales de llanto que cada quinta hacia verter, y la de haber borrado hasta las huellas de la mas arbitraria e inicua de las desigualdades sociales legadas por los gobiernos reaccionarios y que

nadie se había atrevido hasta hoy, ni a hacer desaparecer, ni aun a intentar.

CONFESIONES DE EL DEBATE.

Si nos fuera lícita la frase, debiéramos consignar que *El Debate*, de día en día, va cobrando más coraje, conforme pierde el miedo de que se hallaba poseído en los primeros momentos del atentado de la calle del Arenal, y hace como que recobra una aparente confianza. Pero como suele suceder con los que mucho hablan y clamean, que tienen que ceder muchas indiscreciones, *El Debate* ha cometido de marca mayor, y anoche se vende con las siguientes sospechosas frases que consigna como a las calladas en las entrañas de uno de sus artículos de fondo:

«¿Quién se acuerda, dice, de unos conservadores como los de esta legalidad, que no sirven para nada más que para utilizar los fondos de la caja de Ultramar con el anti-patriótico fin de desbaratar los planes de una conjuración contra el trono, en que acaso entraban por iguales partes republicanos y radicales?»

Según la confesión de *El Debate*, ya es cosa averiguada en qué se invirtieron los millones transferidos de la caja de Ultramar, y aquel delito, penado por la ley y cometido por el último ministerio conservador, al cabo va a ser fecundo, puesto que por este medio — ¡oh previsión insigne de la gente conservadora! — dos meses más tarde, al atenderse la mas vil asechanza contra la vida de SS. MM., los tribunales adquieran un dato precioso y digno de ser tomado en consideración, porque es posible que pueda dar una luz cabal sobre el hecho criminal que se persigue.

A *El Debate* le consta que los millones sustraídos de la Caja de Ultramar por el anterior Gabinete, se destinaron a desbaratar los planes de una conspiración contra el trono; a *El Debate* casi le consta también que en aquellos planes entraban por iguales partes republicanos y radicales; *El Debate*, en otro artículo de su número anterior, ha hecho transparentes acusaciones sobre este mismo delito; *El Debate*, pues, está perfectamente enterado de este horrible complot, y el juez que entiende en el proceso debe llamar a *El Debate* a declarar lo que sepa, si quiera haya llegado lo que sepa a su noticia, como las noticias que el Sr. Topete, patrocinador de *El Debate*, tuvo acerca del crimen de la calle del Arenal, comprometiendo su palabra de honor de no delatar a su confidente, aunque su confidente fuese un quidam que se entretiene en atarse las cuerdas de los calzoncillos detrás de un carruaje, y de guardar sus secretos a la manera como guardaba los del rey Midas su famosísimo barbero.

Dentro del terreno en que la suposición es lícita y no implica responsabilidad, atando y relutando conjeturas, datos, circunstancias y coincidencias raras, nosotros hemos espuesto nuestro leal sentir sobre el conato de regicidio no ha muchos días intentado en Madrid. Nosotros no sabemos quién impulsó la mano que descargó varios tiros de trabuco y de revolver sobre el coche de SS. MM.; pero nosotros hemos apuntado lo que periódicos de significación bien reconocida decían sobre los asuntos de España en los momentos mismos en que se ponía por obra la infame tentativa.

Nosotros no hemos acusado a ninguna persona de haber cometido, ni halagado, ni dado cuerpo al pensamiento de aquella maldad; pero nosotros no pudimos menos de notar, con estrafaleza, lo apresuradamente que se disolvían, saliendo de Madrid, las huestes conservadoras del último ministerio, y la precipitación con que, acaso presagando la catástrofe frustrada en la calle del Arenal, unos ex ministros hacían protestas de retirarse a la vida privada, otros, so pretexto de baños, ponían pies en polvorosa y traspasaban las fronteras de Francia; algunos, con la escusa de las próximas elecciones, anunciaban en los periódicos noticiarios que se disponían a visitar los distritos que jamás han visitado, y no faltaban dioses menores que partían para Alemania y otras cortés, diciéndose de público que llevaban no sabemos qué secretas comisiones casi diplomáticas, aunque extra oficialmente diplomáticas.

Con esta especie de fuga preparada, venían a coincidir ciertas frases y promesas oscuras de la prensa que defendió a aquella dominación. Parte de ella, como *El Diario Español*, había tomado una resaca actitud restauradora; toda en masa (la conservadora de la revolución) había dirigido una alviva amenaza a los mas altos poderes, publicando abusivamente el manifiesto de Montpensier. Después de las ruidosas farfarronas de las reuniones del Senado y el Conservatorio, todos estos periódicos, y más que todos ellos, *El Debate*, no dejaban de publicar de vez en cuando augurios velados de acontecimientos próximos y terribles; y aunque el vulgo político había creído entender en aquellos embozados temores artificiosos del influjo de los republicanos en el ánimo de los poderes gubernativos, nosotros habíamos denunciado que tenían otra trascendencia; nosotros habíamos dicho que aquellas no eran palabras lanzadas inútilmente al aire; nosotros habíamos advertido que tras ellas se ocultaba alguna terrible maldad conservadora, aunque no de la extensión y de los alcances del hecho que a todos pudo darnos tanto que deplorar.

¿Qué ha sucedido después? Trabajo nos cuesta el recordarlo. El mismo día que salían para el extranjero los Sres. Sagasta, De Blás y Romero Robledo, *El Debate*, después de dar la noticia, añadía: «Pronto se sabrá en qué se han invertido los millones sustraídos por el Gobierno del Sr. Sagasta de la Caja de Ultramar.» Y en efecto; desde aquella fecha acá, no ha ocurrido más que el conato de regicidio, y cuanto *El Debate* se ocupa anoche de esta cuestión, en son de ironía, pero con una profunda convicción, exclama y dice: «¿Quién se acuerda ahora de unos conservadores como los de esta legalidad, que no sirven para nada más que para utilizar

los fondos de la caja de Ultramar, con el anti-patriótico fin de desbaratar los planes de una conjuración contra el trono, en que acaso entraban por iguales partes republicanos y radicales?»

Nosotros dejamos a un lado la acusación que envuelven las últimas palabras de este párrafo. Nosotros reflexionamos profunda y únicamente sobre la conexión que entre sí podrán tener las palabras de anoche de *El Debate*, con la promesa que hizo, antes de ocurrir el atentado contra SS. MM., el mismo día que salieron para el extranjero los Sres. Sagasta, Romero Robledo y De Blás, que pronto se sabría en qué se habían invertido los dos millones de la célebre transferencia de la caja de Ultramar, y mientras mas meditamos sobre estos dos cabos sueltos de *El Debate*, menos sabemos qué pensar sobre ellos, porque es imposible detenerse en su examen sin adquirir el profundo convencimiento de que *El Debate* mucho debe saber sobre el crimen que se persigue, y gran muestra de patriotismo podía dar, y gran servicio podía prestar a la patria, yendo ante los tribunales a declarar abiertamente lo que acaso no pueda publicar en sus columnas por temores y conveniencias que es fácil reconocer.

Nosotros apelamos a su patriotismo: no importa que sean radicales o republicanos los perpetradores del crimen de la calle del Arenal; antes que la pasión de partido, está el amor a la justicia, está el amor a la patria, está el respeto a las instituciones, está el sentimiento de las garantías sociales, están otros porción de intereses. Caiga el que caiga, y arruínese el que se arruine. No sea fatalmente generoso *El Debate*. El posea secretos que puedan hacer mucha luz en este infamado negocio; acuda a declarar lo que sepa, a descubrir a los perversos sin consideración, y a gozarse con nosotros en el triunfo de la ley y en el triunfo de la justicia. Nosotros no ignoramos que es muy noble ser magnánimo con los adversarios; pero la patria, la justicia, la libertad, que todos amamos, necesitan a veces de los mas costosos sacrificios. Hagálos esta vez *El Debate*, y triunfen la patria, la libertad y la justicia sobre la perfidia de los perversos y hasta sobre la generosidad de los escogidos.

Pero si *El Debate* no hace nada de esto; si *El Debate* no va a los tribunales espontáneamente a deponer lo que sabe; si *El Debate* no señala con el dedo los miserables a quienes conoce, según se infiere de sus palabras, que han intentado contra tantas cosas sagradas, ¿en qué posición queda *El Debate* cuando al meditar sobre sus palabras de anoche y sobre sus promesas de que pronto se sabría en qué se habían invertido los millones de la caja de Ultramar, hechas el mismo día que salieron para el extranjero los Sres. Sagasta, Romero Robledo y De Blás, pueda decir algún espíritu, quizás avergonzado, acaso profundamente razonador: «¿Será *El Debate* uno entre ellos?»

LA PUNTA DE LA OREJA.

El Diario Español publica anoche, con el epígrafe de *La Restauración*, un largo artículo remitido, comentario a la proposición que el mencionado periódico ha hecho en uno de los últimos días, en el siguiente sofístico dilema: «La república o la restauración. Este artículo: carta, aunque no está sujeta, dice *El Diario Español* que es debido a la pluma de un distinguido escritor que ha ocupado importantes puestos en las esferas oficiales y ha sido diputado de la nación en varias legislaturas, y es probable que con estos antecedentes, y por la materia de que trata hoy, se apresuren a copiarlo íntegro *La Epoca*, *El Tiempo* y *La Política*, contentándose con dar algún extracto de él. *El Debate* y otros periódicos dinásticos conservadores.

Sin embargo, conyundir averiguar acerca de su autor: Primer: si es de los que, como el propietario de *El Diario Español*, han estado comiendo el pan de la revolución hasta que la revolución les hizo cesantes, y la cesantía alifoniosa; Segundo: si es de los buenos partidarios de D. Alfonso que, sin pertenecer al clero, tienen su rincón en el presupuesto de class pasivas, y cobran del Estado para conspirar contra él.

Porque si el distinguido escritor y colaborador de *El Diario Español* pertenece a cualquiera de estas dos respetables clases políticas de la sociedad, habrá que decir a su candidato don Alfonso: «Pobre príncipe, cuyas esperanzas de reinar consisten en el apoyo que le prestan los cesantes que quieren destruir, y sirven a cualquier situación que se los dé, aunque para ello haya que vender, como Judas, segunda vez a Cristo; o en los leales que lo mismo juran la Constitución democrática que juraron a Doña Isabel, para hablar mal de ella, chapar la abre del presupuesto a su sombra, y pasarse los ramos por el cogote, y a los reyes, y a la dinastía, y a la libertad, y a la patria, por el estómago necesitado.»

Pero todo esto quita seriedad a nuestro intento, y vamos al artículo carta remitido de *El Diario Español*.

El resumen de este trabajo se encierra en las ideas siguientes:

«Al destronamiento de la dinastía de Borbon, ¡oh, absolutamente todos contribuímos, unos con sus imperiencias, otros con sus errores; unos despreciando las manifestaciones de la opinión, otros explotando esta misma opinión y haciéndola servir para sus propósitos, cuando han tomado parte en la política activa, desde el establecimiento del sistema constitucional, tienen el tejado de vidrio, y no sería prudente quien tratase de destruir el del vecino.»

La dinastía de Borbon está rechazada por el país. Los carlistas están vencidos. No quedan más que dos soluciones: la república o la restauración.

La primera sería funesta para España, porque los recuerdos de la *Comuna* están muy recientes, y los monárquicos tienen la obligación de defender la forma monárquica.

Restablecer el trono de doña Isabel sería una locura. Los conservadores que contribuyeron a la revolución, tenían la bandera del duque de Montpensier que les había ayudado a conseguir el triunfo; pero hoy Montpensier está desengañado, y ha vuelto los ojos arrepentido a la antigua dinastía. ¿Y han de ser menos desinteresados y menos nobles y menos patrióticos que el duque de Montpensier los conservadores que con él contribuyeron al destronamiento de doña Isabel?

El príncipe D. Alfonso a nadie guardará rencor por el destronamiento de su madre, porque todos han sido a cual peores.

Hay que elegir entre la restauración y la república. ¿Y quienes tienen que elegir? No los moderados, sino los conservadores de la revolución.

La inteligencia entre todos los elementos conservadores es fácil.

Modificación necesaria todo aquello que se hace en el calor de la revolución; pues eso, y nada más que eso, debes dejar y pedir los que a la revolución no contribuyeron.

Los conservadores ahora comprenden que se han equivocado.

Preciso es dar por terminado el ensayo de la monarquía democrática y buscar en otra parte las condiciones de vida y robustez que en ella no se han encontrado.

Si por cualquier suceso el rey Amadeo deja el trono de España, es imposible que vuelva a sentarse en el trono de España.

¿A qué manos está encomendada hoy la dirección de los asuntos políticos de la familia real destronada? A las del ilustre duque de Montpensier.

Y bien, ¿es sospechoso el duque de Montpensier para los conservadores que iniciaron la revolución?

¿Es sospechoso el duque de Montpensier para los conservadores que iniciaron la revolución?

¿Es sospechoso el duque de Montpensier para el general Serrano, para el general Topete, para el general Callero de Rodas, para el general Lopez Domínguez, para los generales Echagüe, Zavala, Cervino, Serrano Bedoya, Mexina, Ray, Cofre, y tantos otros que contribuyeron con él al destronamiento de la reina?

¿Es sospechoso el duque de Montpensier para Ríos Rosas, para Ulloa, para Vega Armijo, para Avela, para Lozano, para Romero Ortiz, para Alonso Martínez, para el mismo Sagasta, y para otros muchos, que tanto trabajaron en favor de su candidatura?

¿Es sospechoso para *El Diario Español* y para los demás periódicos conservadores que le apoyaron y le ensalzaron?

El duque de Montpensier no guarda rencor a nadie.

La dinastía de Borbon ha muerto en el corazón de los conservadores.

Unámonos para combatir la república.

Tales son, en resumen, las ideas que encierra el artículo del distinguido escritor, colaborador de *El Diario Español*. Trátase en él de España y de su porvenir, como si aquí no hubiera un hecho definitivo que todos han por fuerza de respetar y acatar; como si España fuera merienda de negros, y sus destinos futuros estuvieran a merced y arbitrio de cualquier aspirante a hombre importante que, con emitir unos cuantos juicios desahucados y unas cuantas ideas sin elevación, ya se cree un publicista de tomo y lomo, digno, cuando menos, de una cartera a las primeras de cambio.

Pero, ¿no sería necio gastar nuestro tiempo y fatigar nuestra inteligencia en contestar sandeces como las que el artículo del nuevo colaborador de *El Diario* encierra?

Montpensier! Montpensier esperanza de los que le volvieron en la desgracia la espalda y votaron al duque de Aosta! *Quantum mutabimur ab illo!*

Otra vez, señores conservadores, no se engaña a su rey. Fingir la necesidad de poner término al período de la intemperancia; fingir en hipocrita entusiasmo; fingir la fe que necesita un voto definitivo; fingir la alegría de un triunfo al parecer desado; fingir respetuoso acatamiento al fallo de una mayoría no insignificante; fingir juramentos y protestas de lealtad al suro de los mares, pisar suelo extranjero y ofrecer la corona que se ha rehabilitado; fingir una adhesión sostenida con el fervor de calurosas manifestaciones; fingir deseos de un servicio leal, y fingir esta misma lealtad en el poder, y luego, al primer fracaso, quitarse de un golpe la careta, y clamar en altas voces: Somos los mismos de siempre; nos hemos equivocado porque se nos ha lanzado del mando; abajo lo existente y venga cualquier cosa con la que nosotros seamos y representemos; todo esto, que es lo que hacen los conservadores, es repugnante, es odioso, es hasta malvado, es indigno de hombres serios; y hasta de hombres de bien.

No; el ensayo de la dinastía democrática no ha fracasado: lo que ha fracasado es vuestra codicia del mando, vuestra ambición de Gobierno, vuestra insaciable sed de poder. No; Montpensier no puede ser mirado en España sino bajo el prisma de sus indignidades, y lo rechaza el espíritu noble de nuestro pueblo. No; las quintas a tanto precio, hechas, ni se truncan ni se modifican, y el que en ellas osara poner la mano, sin ella se quedaría. No; nada de lo que en ese artículo se dice es cierto, ni siquiera intencionado, ni siquiera hábil.

Sobre todas estas especulaciones miserables, está el noble instinto del pueblo: él dará con los enemigos; él salvará en todo caso la libertad.

El director general interior de Obras públicas, Sr. Ferrer del Rio, ha tenido la amabilidad de dirigirme un elegante folleto publicado a expensas del ministerio de Fomento, con la situación actual de las carreteras del Estado, que comprende el plan general en 1.º de Enero de 1872.

Del resumen que acompaña a esta Memoria, se deduce que hay en España 33.378.213 kilómetros de carreteras en estudio, proyecto, construcción y explotación, en la forma siguiente:

Existen 15.832.086 kilómetros en explotación, de los cuales 5.032.202 por carreteras de primera clase; 5.220.415 de segunda, y 5.233.469 de tercera.

En construcción hay 2.244.970 kilómetros: 84.963 son de primera clase; 876.848 de segunda, y 1.283.159 de tercera.

De los 984.372 kilómetros en construcción

paralizada, los 85.751 son en carreteras de primera clase, de segunda los 368.719, y de tercera los 529.902 restantes.

En proyecto aprobado existen 2.905.441: de estos 69.212 kilómetros son de primer orden, 347.530 de segunda, y de tercera 2.486.699.

Hay además 7.062.723 kilómetros en estudio: 86.450 en carreteras de primer orden, 1.180.846 de segunda, y 5.795.427 de tercera.

Por último, sin estudiar existen también 4.279.111 kilómetros, de los que 96.000 son de primer orden, 224.635 de segundo y 3.958.476 de tercero.

Las provincias que tienen mas carreteras de primer orden en explotación son: Cuenca que posee 326.058 kilómetros, Toledo 320.171, Madrid 319.631, Leon 278.000, Zamora 234.434, Jaen 228.688, Orense 212.029, y Guadalajara 207.95.

Sin embargo, sumado el número de kilómetros en explotación en carreteras de los tres órdenes figura: Valladolid por 667.743 kilómetros, Jaen por 555.642, Madrid por 543.243, Barcelona por 531.841, Burgos por 528.912, Cáceres por 525.987, la Corona por 521.480, Oviedo por 513.985, y Cuenca por 506.284.

Y si se suma el número total de kilómetros en carreteras en explotación, construcción, proyecto aprobado y estudio, resulta que las provincias mas beneficiadas son: la Corona que cuenta 1.158.328 kilómetros, con un presupuesto aprobado en 1.º de Enero último de 3.452.130 pesetas 42 céntimos para obras con proyecto aprobado y en construcción paralizada; Oviedo que tiene 1.092.238 kilómetros con 1.189.316 pesetas de presupuesto; Zaragoza, donde ascienden a 1.026.890, con 5.822.556,01 pesetas; B. d. j. que tiene 1.013.637 con 2.439.706,50 pesetas; Barcelona, donde hay 1.011.847 kilómetros y un presupuesto de 3.134.702,65 pesetas, y Huesca, en fin, que cuenta 1.003.104 kilómetros de carreteras y en presupuesto de obras por 8.264.217 pesetas y 52 céntimos.

El día 20 todos los balcones de las casas de Roma se veían llenos de colgaduras, demostrando de esta manera la alegría que tenía el pueblo al saber que había salido ileso D. Amadeo y su augusta esposa de la tentativa de asesinato.

A la caída de la tarde tuvo lugar, delante de la embajada de España, una gran demostración, en donde se dieron vivas al rey Amadeo y a España, y otros.

Nuestro embajador, Sr. Montemar, se presentó en el balcón, en donde pronunció palabras de agradecimiento y afecto a Italia, concluyendo con un viva al rey Víctor Manuel, y suplicando a la concurrencia que se deshiciera aquella con el mayor orden, para que no diese pretexto a alguna otra demostración.

El pueblo acogió las palabras del Sr. Montemar con vivas y aplausos, recorriendo luego las calles con el mayor orden, sin embargo de que se dejaron oír algunos gritos de muerte a los clérigos, muerte a los jesuitas, reinó completa tranquilidad en la ciudad.

La junta municipal, en sesión extraordinaria, acordó remitir dos felicitaciones, la una a Víctor Manuel, y la otra al rey Amadeo de España.

El sindicato de Roma ha dirigido a S. M. Víctor Manuel el siguiente telegrama:

«Comovida Roma por el horrible atentado de Madrid, se halla hoy contenta porque la preciosa vida del augusto hijo de V. M. haya salido ileso, adhiriéndose con sincero afecto a vuestra alegría, al ver desvanecido el peligro.»

De todas las provincias ha recibido el rey Víctor Manuel telegramas de felicitación. En Roma se está firmando el siguiente al rey de Italia:

«Señor: Profundamente conmovido por el infame atentado contra la vida de vuestro augusto hijo el rey de España, los romanos nos apresuramos a expresar a V. M. los mas vivos sentimientos de dolor, al ver el peligro por el que ha atravesado vuestro hijo.»

Aquí, pues, hacemos fervientes votos porque vuestra dinastía giga desde este triste suceso nueva fuerza para consolidarse en la península Ibérica, lo cual podrá ciertamente obtener con esa libertad, orden y justicia que le ha faltado hasta tantos años a España, y que vos, señor, habéis sabido dar a Italia.

Valga, señor, esta muestra para probar otra vez a V. M. que Roma se halla a vuestro lado en la desgracia, como en la mayor prosperidad.

El siguiente suelto es de *La Iberia*:

«Cuando uno y otro día lee la prensa, se ve en asegurar que algunos ministros han tenido conferencias con los presos incommunicados a consecuencia del atentado de la calle del Arenal, ciertas cosas que se refieren, y siendo ciertas, motivadas a bien extraños comentarios.»

«Con qué objeto, bajo qué pretexto practican los ministros estas conferencias, habiendo una autoridad judicial estrictamente encargada de la instrucción del proceso? Si el Atto sugiere a algunas personas múltiples interpretaciones, la culpa es del Gobierno, que acostumbrado a prescindir en todo y por todo de la legalidad, bien puede llevar su osado desvarío a inmiscuirse en cosas de justicia, lo que debía ser completamente vedado.»

Lo que desgraciadamente es la causa en cuestión se eleva cuanto antes al pleno; que no se pongan cortapisas ni dilaciones que no se motiven desavenencias que afectan cierta gravedad entre individuos de la alta magistratura, y que se empleen los medios posibles para que no fallezca el preso herido, y cuyo estado es, a lo que dicen, alarmante, en extremo alarmante.

Si sucede, ya serán dos los muertos, y es de notar que ambos eran los que funden el hilo de la conspiración. También es casualidad.

Luz, luz, radiales, y menos misterios, no sueda ahora lo que sucedió cuando el asesinato del inolvidable general Prim.

El celo de *La Iberia* es cosa que divierte a todo el mundo; pero queda que hacerle algunas preguntas. ¿Cómo está *La Iberia* tan enterada de todas esas cosas que anpene! Porque no hay que darle vueltas, o *La Iberia* tiene un espía detrás de cada ministro, o *La Iberia* tiene comprado el escribiente de algún actuario, o *La Iberia* tiene cerca de sí a los regidores, puesto que de ellos recibe tan frecuentes confidencias.

Hasta aquí nuestra suposición se funda en la mera inducción lógica de las cosas; pero ahora nos asalta la siguiente sospecha. Dice *La Iberia* que los que tenían el hilo de la conspiración eran el regimiento que sucumbió en la refriega y el preso que está herido, y que supone se halla en

